

agentes imaginables, examinemos otras clases de interpretaciones de su invención. Hemos visto como acaba por pensar que los hechos de su medio ambiente están sometidos á la autoridad de los espíritus de los muertos; veamos como está asimismo dispuesto á admitir que los espíritus de los muertos rigen los fenómenos de su propio cuerpo y del cuerpo de los otros hombres.

AGENTES SOBRENATURALES, COMO PRESUNTAS CAUSAS DE EPILEPSIA, CONVULSIONES, DELIRIO, LOCURA, ENFERMEDADES Y MUERTE

No es posible en modo alguno ordenar por series los fenómenos de la evolución, por cuanto ocurren siempre diferencias que les mantienen más ó menos separados del orden social. Hemos partido de las ideas primitivas de insensibilidad, de muerte y de apariciones; hemos estudiado el desenvolvimiento de las ideas de otra vida y de otro mundo siguiendo una dirección determinada; luego siguiendo otras direcciones hemos visto también el desenvolvimiento de la idea de los agentes sobrenaturales que se hallan por todas partes. Volvamos ahora á nuestro punto de partida, al cuerpo insensible, y veremos como se han originado simultáneamente una nueva clase de ideas en apoyo de las que nos han ocupado.

En el sueño, el síncope, la catalepsia, la apoplejía, hay casi siempre inmovilidad completa; en la muerte, absoluta. Generalmente durante la pretendida ausencia del otro yo, los cuerpos no hacen nada. Pero hay circunstancias en las cuales éstos, tendidos en el suelo y con los ojos cerrados se agitan con violencia, así como también al tomar otra vez su natural estado, niega el paciente ó ignora cuanto ha sucedido, á pesar del testimonio de cuantos lo han presenciado. Es evidente, pues, que durante este estado su otro yo estuvo ausente. Pero ¿cómo es posible que su cuerpo verifique tan rara transición en tan pequeño intervalo?

La contestación que ha dado á esta pregunta el hombre primitivo es la más racional que pueda darse.

Si durante estos estados de insensibilidad de todas clases el alma viaja, y á su regreso devuelve al cuerpo su actividad; si el alma puede no solo salir si que también entrar en los cuerpos, ¿por qué no han de entrar en los mismos cuerpos otras almas? El salvaje estima la cosa como posible.

De aquí procede la interpretación de la epilepsia. Reade nos dice que los habitantes del Congo atribuyen la epilepsia á la posesión del cuerpo por el demonio. Entre los Africanos orientales es más común esta teoría, y dice sobre ella Burton que no hay la menor duda de que ha dado origen á la opinión reinante acerca del estado de poseído. Entre los pueblos asiáticos se puede citar los Kalmuckos, que, según Pallas, consideran los epilépticos como endemoniados. En fin, Bastian señala que la lengua árabe se sirve de la misma palabra para indicar la epilepsia y el estado de poseído por los diablos. No es necesario demostrar con ejemplos que esta explicación se hallaba plenamente aceptada en los primeros periodos de la civilización, y que se ha mantenido hasta épocas comparativamente recientes.

Tenemos, pues, que no se duda de la conclusión primitiva fundada en que desde la partida del otro yo del paciente, ningún espíritu desprovisto de cuerpo ocupa su lugar y no utiliza su cuerpo para llevar á cabo actos violentos. Este espíritu desprovisto de cuerpo no está definido en los hechos de la Escritura que se podrían citar, ni en los casos que hemos presentado. Pero desde que encontramos una indicación especial de esta corrupción en su primitivo estado, vemos que el pretendido agente sobrenatural es un aparecido. Del interrogatorio que el doctor Callaway hizo á un Amazula, puede deducirse que desde que un adivino se halla poseído por el Itongo (espíritu del antepasado), «tiene ligeras convulsiones.» No es esto todo: un testigo presencial que «se informó del estado de salud en que se hallaba un niño... que había tenido convulsiones,» recibió de su familia esta contestación: «está afectado por los espíritus de sus antepasados.»

Una nueva cuestión se presenta al espíritu primitivo que saca un nuevo corolario racional y lo desenvuelve bajo forma de ideas curiosas, pero consecuentes con ellas mismas.

Sucede á veces que una persona hasta conscientemente no puede dominar las acciones de su cuerpo. Es decir, que hace algo sin querer ó lo que es igual, á despecho de su voluntad. En este caso, ¿no habrá entrado otra alma en el cuerpo de esta persona, aun cuando no haya salido la suya propia? Esta es la única explicación imaginable. Si durante la ausencia del otro yo, las contorsiones del cuerpo provienen de otro espíritu intruso que ha tomado posesión del mismo y le hace verificar acciones que el yo á que este cuerpo pertenece no es la causa; y si, por otra parte, el cuerpo hace las cosas que el yo á que pertenece, aunque presente, no las causa, ¿es que estas cosas no son causadas

por un espíritu intruso? Una contestación categórica y afirmativa se hace inevitable.

De aquí viene la explicación del histerismo con sus violentas convulsiones, sus carcajadas, sus sollozos y sus destemplados gritos sin motivo alguno. Los Amazulus miran los síntomas histéricos como fenómenos propios del individuo que se transforma en *inyanga* ó adivino, es decir, poseído. La indicación que Parkins ha hecho refiriéndose á los Abisinianos, que «la mayor parte de los *poseídos* son mujeres,» es la prueba que se da de aquel estado una explicación análoga: sabido es que las mujeres están más expuestas que los hombres al histerismo. En fin, cuando leemos en Mariner que entre los Tongans, la inspiración no es solo privilegio de los sacerdotes, si que también de otras personas, y en particular de las mujeres, con razón adquirimos la convicción de que los ataques de histérico son las señales de la posesión de que se habla. ¿No hay entonces síntomas de histérico que puedan servir de prueba decisiva de esta opinión? ¿Qué es el *Globus hystericus*, bola que hace súbitamente experimentar su presencia en el cuerpo, más que el pretendido espíritu que posee?

Es preciso continuar aun más adelante con la explicación. Si estas acciones del cuerpo, más violentas que de costumbre, realizadas á despecho de la voluntad, pueden atribuirse á un demonio, deben asimismo serlo las acciones del mismo género ménos violentas. De aquí se desprende la teoría primitiva del estornudo y del bostezo. En estas acciones, que solo con pena pueden impedirse, si es que siempre se puede, los Amazulus ven en ellas un acto del Itongo, un signo de posesión. Cuando un hombre se transforma en un Inyanga,

«su cabeza empieza á dar señales de lo que va á suceder. Demuestra que se volverá adivino bostezando y alternadamente estornudando sin cesar. Entonces se dice: «Efectivamente parece que este hombre va á estar poseído por algún espíritu.»

En otros casos se vé la prueba, no de una posesión permanente, sino temporal. Los Khonds derraman vasos llenos de agua sobre el cura cuando quieren consultarle; estornuda y se encuentra inspirado. Naturalmente que no hay medio de comprender si el espíritu poseído es amigo ó enemigo; quizás sea como entre los Zulús, un espíritu antecesor, ó como se cree entre otras hordas, un espíritu maléfico. Pero que el estornudo sea para el musulman una ocasión de pedir la protección de Alah contra Satanás, que es la causa presunta; ó que sea para el cristiano una ocasión para decir «¡Dios te bendiga!» al que estor-

nuda; ó que sea una razón para dar mayor fé á una palabra considerada inspirada, todo supone, y es lo único que debe ocuparnos, que se juzgan las acciones involuntarias de este género como demostración de que un intruso ha hecho hacer al cuerpo lo que el espíritu del mismo no quería.

Puédense añadir dos interpretaciones de la misma clase. Cochrane nos enseña que los Yakutas creen que un hipo violento «es producido por la presencia del diablo en el cuerpo del paciente.» Un pueblo vecino, los Kirguises, nos ofrece ejemplos todavía más raros. Miss Atkinson nos dice que se considera á la mujer convaleciente del parto como poseída por el diablo, de donde la costumbre de aporrearla al objeto de quitárselo.

En el hipo, como en todas las otras convulsiones, hay contracciones musculares. Con razón se puede atribuir á una posesión, ya que se atribuyen á esta causa las de la epilepsia; en fin, vemos que la explicación de la epilepsia por una posesión es consecuencia de la teoría espiritista primitiva.

Fenómenos de un género parecido, susceptibles de la misma explicación ó de explicación diferente, vienen á corroborar todavía la doctrina de la posesión. Me refiero al delirio y locura.

¿Qué le pasa al hombre que vemos tendido, rehusando toda suerte de alimentos y sin conocer á nadie? Unas veces murmura incoherentes despropósitos desprovistos de todo sentido, otras se dirige á una persona que ninguno de los asistentes percibe; otras se aleja con terror de un enemigo invisible; otras ríe sin motivo alguno. ¿Cómo se comprende que algunos días después, cuando ha recobrado su calma y habla con todos con su habitual lenguaje, no repita aquellos actos ó no cuente cosas que no vienen al caso? Es evidente que uno de los espíritus ó apariciones que pululan alrededor de todos, acechando la ocasión de hacer el mal, entraria de noche en su cuerpo en su ausencia abusando de él. ¿Interpretan los salvajes así esta clase de actos? No. Tenemos muchas pruebas de ello. Probablemente será por no observar los viajeros frecuentes turbaciones de este género. Empero, Petheric dice que los Árabes piensan que «en el ardor de la fiebre, una persona que delira está poseída por el diablo.» En fin, tenemos el testimonio de Southey respecto de los Tupis, pues reconoce que el delirio es una de las fuentes de sus supersticiones.

Pero curado de la locura temporal, pasamos á la prolongada ó permanente; entonces encontramos por todas partes idéntica interpretación. Turner nos enseña que los Samoas atribuyen la locura á la presencia de un espíritu maligno. Mariner dice lo mismo de los Tongas. Según Marsden, los habitantes de

Sumatra consideran los locos como poseídos. En los pueblos más civilizados la interpretación fué y continua siendo la misma. Cuando el autor de la obra titulada *Rambles in Syria* nos enseña que en «Oriente, la palabra locura es sinónimo de inspiración,» esto nos recuerda que si hay diferencia entre esta idea y aquellas que nos han sido transmitidas por la antigüedad, no recae más que en la naturaleza del espíritu que posee, no sobre su existencia. Los más antiguos recuerdos atestiguan que la forma primitiva de la creencia era la que se debía suponer. En tiempo del historiador Josefo, sin duda, solo un reducido número de Judíos creían que los demonios que entran en los cuerpos de los hombres, «no son otra cosa más que las almas de los malos;» pero se decía que los poseídos frecuentaban los cementerios y se creía que los demonios convertían las tumbas en sus habitaciones favoritas; razón la más á propósito para creer que se veía primitivamente en el espíritu que poseía á los locos un aparecido.

Concíbese fácilmente que esta manera de comprender la locura se haya conservado desde la Edad Media hasta la época en la cual el cánón 72.º de la Iglesia se la apropió tácitamente prohibiendo la persecución de los demonios sin licencia especial. Esto ocurrió solo después que el desenvolvimiento de las ciencias hubo familiarizado el espíritu con la idea de que el estado mental proviene de las funciones nerviosas, que las causas físicas pueden perturbarse, cuando fué posible ver en las ideas sorprendentes del alienado, lo mismo que en sus pasiones extravagantes, otra cosa que la presión de las ideas y pasiones de otro ser extra del suyo.

No debemos descuidar la prueba de que la conducta del loco trae consigo la creencia de que los espíritus ó apariciones divagan en torno nuestro.

El salvaje ó el hombre semi-civilizado está completamente incapacitado para concebir como ilusiones subjetivas las visiones de un maniático. Hállase á una inmensa distancia de ello: ni su inteligencia, ni su lengua, ni sus conocimientos se lo permiten. ¿Qué debe deducir, pues, cuando observa que un maniático habla con furor á una persona que no vé ó tira un proyectil á cualquiera otro también invisible, pero como si quisiera cazarle? Todo ello lo hace el loco con terrible seriedad. Por sus gestos frenéticos, por sus miradas furibundas, por su airada voz, no puede dudarse de la fuerza de su creencia. Es, pues, evidente que el loco está rodeado de espíritus maléficos; él los vé, pero los asistentes no los perciben. Si alguien dudara todavía de la existencia de los agentes sobrenaturales, sus dudas cesarán inmediatamente.

De aquí, para el hombre primitivo, una nueva idea digna de especial mención. Durante sus ataques, los locos se hallan dotados de extrema fuerza, bas-

tante para luchar solos con muchos hombres. ¿Qué se deduce de ello? Que el demonio que se halla en posesión del loco tiene una fuerza excepcional. La creencia que este hecho sugiere da lugar á deducciones que iremos relatando.

Una vez establecida esta manera de explicar las destempladas acciones tanto mentales como corporales, ella misma hace su camino. Insensiblemente pasa de los fenómenos anormales de que acabamos de hablar, á otros. Así es que no tarda á extender esta explicación á las enfermedades. Véase que un desarreglo físico existe á menudo al mismo tiempo que el desarreglo mental (como en la fiebre que acompaña al delirio) y se saca en conclusión que el mismo agente es la causa de ambos desarreglos. En fin, para que ciertos estados sean producidos por demonios introducidos en el cuerpo, otros deben tener la misma causa. Un espíritu intruso se aloja en un cuerpo á cuyo alrededor ha divagado, y le causa mal si no por efecto de su propia voluntad maligna, por orden de un enemigo.

Entre los Amazulus es donde encontramos la forma primitiva de esta interpretación. La explican de esta suerte: «Si la enfermedad dura largo tiempo,» dicen que el enfermo «está afectado por el Itongo. Está afectado por los parientes muertos.» Según Turner, los Samoas suponían que los espíritus de los muertos «tenían el poder de reaparecer y causar la enfermedad ó muerte á los otros miembros de su familia.» Conforme hemos visto antes, los Neo-caledonios «creen que los blancos son los espíritus de los muertos y que acarrear enfermedades.» Los Dayaks, que como los Australianos, atribuyen todas las enfermedades á los espíritus, los imitan también personificando así las enfermedades. No nombran la viruela por su nombre, pero preguntan: «¿se os ha quitado?» Algunas veces le llaman «el Jefe.» En este caso suponen que los espíritus son las causas del mal, y en muchos otros se afirma ó se supone implícitamente que el paciente se halla poseído. En otros no se especifica el origen del agente sobrenatural; parece que se considera colocado fuera del paciente. Los Arauaks llaman al dolor «flecha del espíritu del mal.» Los Dayaks de la llanura creen que la enfermedad es alguna vez «causada por espíritus que infieren á las gentes heridas invisibles con invisibles armas.» Pero por todas partes se supone como causa una persona. En Asia, los Karens «atribuyen las enfermedades á la influencia de los espíritus invisibles.» Los Lepchas, cualquiera indisposición la consideran como obra de los diablos. En fin, los Bodos y los Dhimals creen también que estos males son obra de los demonios. En África, los negros de la costa atribuyen las enfermedades á la hechicería ó á